

## **LA ACEPTACIÓN DE LA REPÚBLICA POR PIERRE DE COUBERTIN. DISCURSO INÉDITO PRONUNCIADO ANTE LA CONFERENCIA MOLÉ DE PARIS EN 1887**

**Patrick Clastres**

*Chercheur rattaché au Centre d'histoire de Sciences Po (Paris)*

*Recibido: Marzo 2010*

*Aceptado: Julio 2010*

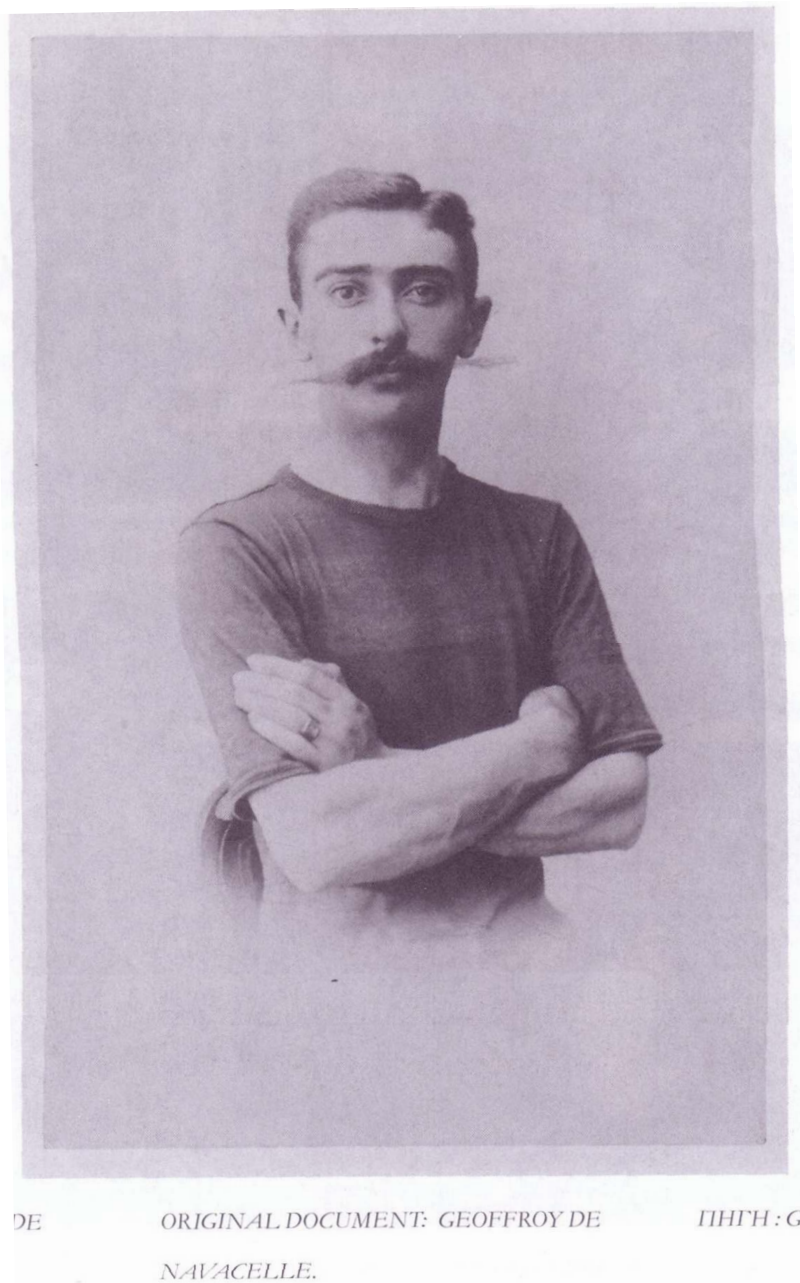
En mi búsqueda sobre Pierre de Coubertin (1863-1937), emprendida hace ahora una década, pretendo reconstituir el itinerario intelectual y político del que es presentado como “el padre de los Juegos Olímpicos”. Es decir, encontrando sus vacilaciones de carrera y sus dificultades, sus fracasos y sus éxitos, y procuro no reproducir ni una historia teleológica, ni una hagiografía, ni una descripción recargada. El discurso inédito que presento a continuación, fue pronunciado por Pierre de Coubertin ante la Conferencia Molé de estudiantes parisinos en 1887. Se trata de un documento del todo extraordinario, puesto que es la primera vez que el joven barón francés desvela públicamente sus opiniones políticas.

La versión manuscrita de este discurso se oculta al final de uno de los cuadernos en los que escribía día tras día en la Escuela libre de ciencias políticas (ELSP)<sup>1</sup>. Es en ese lugar, que entre marzo de 1884 y junio de 1886, Pierre de Coubertin se preparaba para una eventual carrera política. Tras su fracaso en el examen de ingreso en la Escuela militar de Saint-Cyr, sus padres le obligaron a estudiar en la Universidad Católica de Paris. Pero el joven barón prefirió seguir en paralelo los cursos innovadores de historia contemporánea, de historia diplomática o de derecho constitucional dispensados por los prestigiosos profesores de la ELSP como Anatole Leroy-Beaulieu y Albert Vandal, Albert Sorel, Émile Boutmy y Alexandre Ribot. Es prueba de ello, por otra parte, el esmero con el cual transforma cuidadosamente y concienzudamente sus borradores de curso en verdaderos libros de clase, más tarde encuadernados y acuñados con el escudo de armas de los Coubertin.

No obstante, para ser candidato a la diputación por la Normandía materna, Pierre de Coubertin debió esperar a sus veinticinco años y a las elecciones de 1888. Entre tanto, fue descubriendo las enseñanzas del sociólogo conservador Frédéric

---

<sup>1</sup> Las diez lecciones seguidas en La Escuela Libre de Ciencias Políticas están repartidas en trece cuadernos: Musée olympique de Lausanne, Archives historiques, cotes 99 379, 99 383, 99 402, 99 408.



**Fotografía de Pierre de Coubertin (1886-1887) que pertenece al archivo del autor y que se publica con la autorización especial del señor Geoffroy de Navacelle de Coubertin.**

Le Play e intentado aplicar su método de encuesta a los colegas ingleses<sup>1</sup>. Lo que no le impidió continuar bruñiendo sus armas tomando la palabra ante el parlamento en miniatura de los estudiantes parisinos.

En aquella primavera de 1887, subió a la tribuna de la conferencia Molé para oponerse a un estudiante llamado Oudart que exigía “*la supresión de la responsabilidad ministerial y del régimen parlamentario*”. El joven Pierre de Coubertin no reclamaba la vuelta a la monarquía absoluta de Luis XVI y de sus hermanos. Declaraba que el regreso del rey era únicamente posible en Francia en el marco parlamentario, y que la Constitución de 1875 debía ser aceptada en nombre del interés nacional. Contra los intransigentes de la bandera blanca, da claramente su apoyo a la monarquía liberal de los duques de Orleáns. Entre su madre legitimista, Marie-Marcelle Gigault de Crisenoy y su padre, orleanista Charles de Coubertin optaba finalmente por la segunda solución<sup>2</sup>.

En la segunda parte de su discurso, que se puede situar hacia el 20 de marzo de 1887, fue todavía más allá. Por una parte, se muestra asustado por la intransigencia de sus colegas de la *Unión Monárquica* y rechazaba toda alianza con los bonapartistas. Por otra parte, empujaba a una aproximación todavía conveniente con los republicanos liberales, pero también a una alianza inédita con los republicanos oportunistas reunidos alrededor de Jules Ferry. El deslizamiento que experimentaba hacia la República tenía no obstante sus límites: no estaba preparado, de ninguna manera, para aliarse con los republicanos radicales a los cuales quería hasta declararles la guerra.

Aceptando únicamente “*la forma republicana del gobierno*”, sería entonces erróneo hacer de Pierre de Coubertin un adherido del año 1887 puesto que conserva todavía la esperanza de una restauración monárquica.

Así, cuesta bastante entender las oposiciones que Pierre de Coubertin encontró en su propio país a partir de 1886, en el curso de sus campañas deportiva y olímpica, sin tener en mente que pertenecía a un campo políticamente e ideológicamente minoritario. En aquella Francia que era republicana desde 1877, no podía dejar de ser identificado como un traidor por los legitimistas, como un adherido incierto por los oportunistas, y como un adversario del régimen por los radicales. A lo largo de su actividad de proselitismo en Francia a favor de los Juegos Olímpicos, o sea hasta el año 1930, Pierre de Coubertin no cesó de experimentar la posición incómoda del que se sitúa en “el extremo centro”<sup>3</sup>, o sea del que es rechazado por todos, tanto a derecha como a izquierda. En aquel contexto se

---

<sup>1</sup> Patrick Clastres, « Pierre de Coubertin et *L'Éducation en Angleterre* (1888). De la monographie des *public schools* à la réforme des lycées français », *Les Études sociales*, 1<sup>er</sup> semestre 2001, n° 133, pp. 47-68.

<sup>2</sup> Patrick Clastres, *Pierre de Coubertin. Mémoires de jeunesse*, édition scientifique et présentation, Nouveau Monde éditions, 2008.

<sup>3</sup> Patrick Clastres, « Le cauchois Pierre de Coubertin et le sport modérateur », in Odile Rudelle et Didier Maus (dir.), *Normandie constitutionnelle. Un berceau des droits civiques ?*, Paris, éd. Economica, 2007, pp. 291-302.

entiende mejor su último deseo de ser inhumado en Suiza con su corazón engastado a Olimpia.

### Fuentes

Musée Olympique de Lausanne, Archives historiques, cotes 99 379, 99 383, 99 402, 99 408.

### Bibliografía

Boulongne, Yves-Pierre: « Les présidences de Demetrius Vikelas (1894-1896) et de Pierre de Coubertin (1896-1925) », in Raymond Gafner (dir.). *1894-1994. Un siècle du Comité international olympique. L'Idée, les Présidents, l'Œuvre*. Lausanne, C.I.O., 1994, vol. 1, pp.13-204.

Clastres, Patrick: *Jeux olympiques. Un siècle de passions*, éd. Les Quatre chemins, 2008.

Koulouri, Christina: « Rewriting the history of the Olympic Games », in Christina Koulouri (ed.), *Athens, Olympic city, 1896-1906*, Athens, International Olympic Academy, 2004, pp. 13-53.

MacAloon, John J.: *This Great Symbol. Pierre de Coubertin and The Origins of the Modern Olympic Games*, The University of Chicago Press, Chicago and London, 1981.

Müller, Norbert avec la collaboration d'Otto Schantz, *Bibliographie des œuvres de Pierre de Coubertin*, Lausanne, Comité International Pierre de Coubertin, 1991.

Weber, Eugen: « Pierre de Coubertin and the Introduction of Organized Sport in France », *Journal of Contemporary History*, vol. 5, n°2, 1970, pp. 3-26.

### **“Discurso contra la proposición de ley del Sr. Oudart sobre la supresión de la Responsabilidad ministerial y del Régimen Parlamentario”**

Señores:

Si hay una circunstancia que puede aumentar el temor que tengo por aparecer por primera vez en esta tribuna, no aportando una elocuencia digna de ustedes, es seguramente por el hecho de tener que contestar de alguna manera a los argumentos que el Sr. Senador Naquet ha tenido el honor de exponerles recientemente. Para tal acción, haría falta otro talento que no fuese el mío; así que es contando con su benevolencia que me decido a seguir con un fin tan audaz.

El autor del proyecto de ley que discutimos, al igual que él, y según su propia confesión, se ha convertido en el jefe de una campaña contra el parlamentarismo. Ambos han sido inspirados por un mal del que nadie podría negar su existencia y del cual yo sería de los primeros en reconocer a partir de sus efectos. La inestabilidad ministerial nos corroe, nos debilita, paraliza las reformas, frena la marcha de los asuntos: sobre todo tiene una influencia desastrosa en nuestras relaciones exteriores. El Sr. Crespin, hace ocho días, atraía la atención de la conferencia sobre la política exterior y yo creo que ponía a mal tiempo buena cara felicitándose del aislamiento que al menos “no nos comprometería”. El resto es un poco la tesis de su partido y está dirigida contra las ventajas de los lazos familiares entre dinastías reinantes, ventajas que recientes acontecimientos nos han permitido recordar. Que sea la forma Republicana que produzca este aislamiento (muchos lo han dicho y creído), yo no lo creo: pienso que es sencillamente la inestabilidad ministerial. En los círculos diplomáticos se comenta ya el daño que ha hecho a Francia la última crisis, interrumpiendo negociaciones que hubiesen podido llegar a buen término.

He aquí pues un mal sobre el cual estamos todos de acuerdo. En cuanto a la carencia de libertad de los miembros del parlamento, quiero decir la imposibilidad que ellos encuentran en cuanto a hacer triunfar sus ideas personales por los motivos que el Sr. Naquet nos ha enumerado, es un aspecto que me parece que es bueno.

En Inglaterra, país que envidiamos por su fuerte organización gubernamental, la iniciativa parlamentaria es casi nula; y sobre todo, no le está permitido a un diputado hacer una propuesta que pueda crear nuevas cargas al Estado. El ministro de Hacienda no puede hacerse responsable de un presupuesto tan sobrecargado y remodelado; por otra parte, está para llevar las cuentas y se supone que sabe mejor que nadie las necesidades financieras del Estado. Es esta la teoría inglesa; yo no digo que sea perfecta, y sobre todo que se pueda aplicar en Francia; pero así la Cámara no se sale de su papel principal que es controlar al gobierno que la ha instituido. Aquí, al contrario, ¿qué vemos? En el Parlamento una tendencia muy marcada a penetrar cada vez más en el gobierno, sesiones cuya duración sobrepasa todos los límites, el deseo de instalar comités permanentes y

todo ello con el fin de hacer de los ministros simples funcionarios a las órdenes de la Asamblea.

Me tengo que creer que la inestabilidad ministerial no proviene del régimen parlamentario, pero sí de la ausencia de solidaridad y de homogeneidad de los gabinetes y de la multiplicidad de los problemas que nos dividen. Pero admitiendo que ella proviene, totalmente o en parte, conviene, señores, preguntarse si es la herramienta que es mala o los obreros que no valen gran cosa. ¿De quién es la culpa? ¿La máquina no puede funcionar o los mecánicos ignoran su funcionamiento? Obrero malo jamás tiene buena herramienta, dice el proverbio; los franceses deben ser muy malos obreros a juzgar por la cantidad de herramientas que han malogrado sucesivamente...

En una palabra, señores, y es aquí dónde les pido permiso para estudiarlo rápidamente ¿Vale la herramienta? ¿Vale la Constitución de 1875?

Las circunstancias que han presidido su redacción están bastante presentes en todas las mentes para que sea inútil pararse mucho tiempo; haciéndolo creería por otra parte apartarme del tema y alargar demasiado este debate. La pregunta que se haría entonces a las masas sería: ¿República o Monarquía? Pero ante los que iban a formar parte directa en el establecimiento de un nuevo gobierno, era más bien una cuestión de principio que de forma. Un poco cansados de palabras, de frases y de apariencias, volvíamos a los hechos; por primera vez no pensábamos en poner el tejado de la casa antes de acabar las paredes. Era, lo repito, más bien el sistema que la forma del gobierno que estaba en juego. Y así se explica este extraño hecho de una República nacida de una asamblea monárquica. Entre los monárquicos unos soñaban con rehacer la Constitución de 1852 a favor del jefe de la casa de Borbón, los otros intentaban una nueva prueba parlamentaria; los liberales de derecha y de izquierda se entendieron y el parlamentarismo ganó la partida.

Contemplada en su conjunto, la Constitución de 1875 tiene singulares ventajas sobre sus numerosas antecesoras; no es la obra del día siguiente a una crisis; no ha nacido en medio de una agitación febril, del frenesí que marcan los primeros días de un gobierno nacido de la revolución, no es obra tampoco de un partido llegado súbitamente al poder, aportando mil teorías reformadoras, mil ilusiones e ideas preconcebidas, y soñando aplicarlas sin demora como si el país esperase de esta cataplasma una curación eterna. Por fin, presenta este carácter nuevo en el estudio de las Constituciones Francesas que no está constituida por un todo compacto, completo, único, elaborado y aceptado de un golpe; está de alguna manera dispersa en tres leyes constitucionales que la componen. Es a su carácter provisional que debe su moderación; por eso mismo estaba permitido tener reservas sobre el coronamiento que se le daría, cada uno estaba libre de aportar su colaboración desinteresada. Esto era para que pudieran salir a la luz las perspectivas más prácticas, las más sensatas, las mejor razonadas.

¿A lo mejor hacía falta tal concurso de circunstancias para conseguir de los Diputados Franceses la renuncia a esas bellas declaraciones de principios, a esas

consideraciones vagamente filantrópicas de 1789 o bien a esas ingenuidades de 1848 que hoy nos hacen sonreír? ¿A lo mejor hacía falta lo provisional para obtener de ello algo que pudiera durar? El instrumento que fabricaron, sin ser perfecto, no presentaba ningún defecto capital; y sobre todo, de un extremo a otro, era lógico. Era una victoria parlamentaria completa; habían sabido abstenerse de todos los tópicos, de todas las teorías que los doctrinarios de la democracia volcaron tan a menudo a través de nuestra marcha constitucional.

“*Ningún Senado*” habían exclamado antaño los Republicanos, ya que la unidad de poder legislativo parecía ser la contraseña. Se les hizo aceptar a título provisional, y durante mucho tiempo hablaron como de una institución temporal destinada a desaparecer en un futuro próximo; el uso les ha familiarizado con este senado que temían como a no sé que fantasma aristocrático.

La institución senatorial a la cual el Sr. De Broglie había reservado el control de la política exterior y la discusión de los tratados, recibió una base original y nueva que Gambetta declaró ser la más democrática que hubiese existido en este país. Se hizo el Gran Consejo de los Municipios de Francia y a partir de esta importancia dada al Municipio, que es la unidad social por excelencia, los verdaderos liberales saludaron con alegría la obra de un régimen de franca descentralización y de libertad municipal. Una miserable revisión, es cierto, que ya atentó contra el Senado en 1875; y que a pesar de ella sigue siendo precioso e indispensable (se renueva por tercios cada tres años cuando la cámara se renueva íntegramente cada cuatro años); y si no ha mostrado siempre, lo reconozco, una gran independencia de aspecto, una personalidad muy real, solo su presencia –la del Senado<sup>4</sup>– templa afortunadamente la soberanía de la asamblea; es algo similar al hecho de que el Palacio Borbón tenga que regularizar sus decisiones en Luxemburgo. En el curso ordinario de las cosas, los senadores han podido guardar una actitud demasiado incolora; pero un día vendrá sin duda en el que los moderados, los amigos del orden y de la libertad, encontrarán en ellos los defensores de la Constitución.

Me acusarán, señores, de tratar una cuestión que esta fuera de causa; es cierto, pero la supresión del Senado por no estar a la orden del día ahora, no quiere decir que no esté inscrita en las banderas radicales, y lo que yo defiendo en este momento es la constitución de 1875 completa.

Se confió el poder ejecutivo al Presidente electo por siete años por las dos cámaras y reelegible; se acababa de hacer, señores, la prueba de este jefe de Estado que conserva su mandato de diputado. Hace la pregunta de confianza a cada instante y parlamenta sin cesar con las dos cámaras; si se añade a esto que el Sr. Thiers fue el elegido de la nación puesto que la elección de veintiocho departamentos le había claramente designado como único capaz de asumir el poder, nos daremos cuenta que su presidencia ha sido todo lo contrario de la del Sr. Grévy o del Mariscal de Mac Mahon; Hemos hecho la prueba y nos hemos cansado

---

<sup>4</sup> Paréntesis aclaratorio de la traductora.

rápidamente; únicamente las circunstancias explican la verdadera dictadura moral que ejerció sobre la asamblea y que estaría tentado en renovar cada Presidente electo en las mismas condiciones; sin embargo esta dictadura es incompatible con lo que entendemos como un gobierno libre; bajo tal régimen la libertad no es más que una palabra escrita en un papel.

Pero los Constituyentes de 1875 no se han limitado en organizar el poder ejecutivo, lo que no es más que una parte del problema; creo que han obedecido a una preocupación de una orden superior; han comprendido que Francia no estaba en las mismas condiciones que otras Repúblicas que nos citan a cada instante, que no gozaba de la independencia que proporciona a Estados Unidos su aislamiento, ni de las facilidades que Suiza saca de su territorio limitado y de su neutralidad; han juzgado que una gran nación como la nuestra colocada en primera fila de las potencias europeas, que no tiene más que intereses económicos y comerciales, pero estará siempre implicada en asuntos militares y diplomáticos en Europa, debería tener un representante, un centro, un primer ciudadano el cual importaba asegurar, poniéndole de alguna manera por encima de la política, un poco de estabilidad y de prestigio. Por eso hemos hecho el septenio, la irresponsabilidad y la reelegibilidad del Presidente.

Ahora vuelvo, Señores, a lo que supone el fondo de la moción del Sr. Oudart, a lo que él ha atacado directamente. En primer lugar a través de un proyecto de ley que no es más que un primer paso hacia una vía peligrosa, una primera concesión a las ideas radicales que vengan de derecha o de izquierda, porque también hay radicales de derecha; vuelvo a la responsabilidad ministerial.

El Consejo de Ministros, que posee la confianza de la asamblea es, bajo el régimen actual, el centro, el vínculo de la política; no es únicamente una reunión de administradores encargados de un departamento en particular y de hacer funcionar la máquina; es algo más, es un cuerpo deliberante dónde tiene que residir, bajo el control del parlamento, el cuidado de instituir una política y de seguirla. Sus miembros no están ni deben estar bajo tutela; necesitan la libertad de actuar, de comprometer el país, de tomar los medios que les parecen los más limpios para asumir su dignidad y sus intereses fuera, su tranquilidad dentro; su responsabilidad solidaria es a la vez una sanción y una garantía.

¿Por qué sustituir esta institución? ¿Quién se pondrá en el sitio del consejo? ¿A quién entregar el oficio que cumple? ¿A la asamblea? ¿Y cuál puede ser la línea política en una asamblea de 700 miembros? ¿700 hombres pueden gobernar un país? Pueden hacer leyes-eso no es gobernar-y controlar el gobierno: pero nada más.

Lo que la asamblea no puede hacer, el Presidente, elegido por el pueblo y proveído poderosamente de medios de acción, puede hacerlo; pero es la política de uno solo, es el absolutismo, es la dictadura. ¿Lo quieren ustedes? ¡Yo no lo quiero!

Es necesario, Señores, insistir en este punto que es de una importancia capital. La ley que se les propone desconoce absolutamente el carácter de los



ministros responsables; no ve en ellos más que funcionarios y pasa en silencio lo importante del mecanismo constitucional.

Así pues, resumo lo que acabo de exponerles. Un presidente reelegible, representante y jefe supremo del país; ministros gobernando bajo el control y con el apoyo del Parlamento; dos cámaras procedentes las dos del sufragio pero en condiciones diferentes, tanto para el electorado como para la renovación y la duración del mandato: así es la Constitución de 1875.

He aquí la herramienta; pasemos a los obreros. Lo primero que llama la atención en las filas parlamentarias es la división; división de principios; división en los sistemas, división por todo; lo que también llama la atención es la multiplicidad de los problemas; problema religioso, problema social, problema político; con tantos puntos de vista diferentes. En fin, es la existencia del mandato imperativo que en principio hemos podido condenar, pero contra el cual no existen sanciones; pero hay que reconocer que el establecimiento del escrutinio en cierta medida lo ha remediado.

Señores, ¿cual es la causa de estos males?; ¿es la responsabilidad de los ministros la que obra todas estas divisiones?; y estos problemas, ¿es el régimen parlamentario el que los origina? Cuando tengan ministros funcionarios, un Presidente de la República elegido entre ellos o cuando se haya confiado el poder ejecutivo a un directorio compuesto de tres a cinco miembros ¿creen ustedes que esto impedirá a los monárquicos ser monárquicos y a los Republicanos ser Republicanos? Esto hará que los unos no estarán por la libertad, los otros por la autoridad. Que por una parte no se perseguirá la descentralización mientras que se buscará, por otra parte, centralizar todavía más.

¿Y estas divisiones no continuarán oponiéndose a la formación de un gran partido político y a paralizar su marcha? Una vez más, retirando a los ministros la responsabilidad solidaria, se devuelve la estabilidad al departamento del cual son los jefes, pero se les quita la dirección de la política para entregársela ya sea a un dictador, ya sea a la asamblea; y en este caso, les pregunto ¿si en el seno de la asamblea, entonces omnipotente, no serán estas divisiones cien veces más peligrosas? ¿No tendrán consecuencias cien veces más graves?

Una nueva Constitución, Señores, no puede dar el espíritu político a quién no lo tiene; y ahí el gran mal que se ha manifestado en las filas de la oposición. Cuantos ministerios han sido derribados por una coalición de derechas y de izquierdas en la que siempre la derecha ha sido engañada; derribar un ministerio cuando estamos seguros, no es solo de no sacar provecho de ello, si no de que tampoco se puede sacar provecho de uno más avanzado, ¿no es una absurdez? ¡Ah! Lo sé; es la doctrina de la píldora que hay que tragarse; más deprisa bajaremos, más deprisa subiremos. ¡Bajar para subir! Con que facilidad se pronuncian estas dos palabras cuyo intervalo encierra un profundo abismo, ¿y porqué la crisis? Para que después haya una reacción si cabe más violenta, y el abismo habrá sido más profundo. ¡Esto sobrepasa todos los límites de lo justo y de lo razonable y prepara para mañana nuevos desórdenes, nuevas catástrofes!

Que tenga la izquierda un poco más de patriotismo; que se ponga el bien de la patria por encima del partido, y que la derecha se preocupe menos de saber donde están los intereses de la República para combatirlos que los de Francia para servirlos; entonces los ministros encontrarán la estabilidad, estén seguros, y la mayoría gubernamental no será tan cambiante

En la historia contemporánea de nuestro país, Señores, el parlamentarismo ocupa una plaza noble y desempeña un gran papel. Su reinado ha durado 45 años y ha asumido tres formas constitucionales que presentan entre ellas un carácter de unidad envidiable: las de 1815, 1830 y 1875. Mientras durante cincuenta y tres años, siete Constituciones han sometido a Francia a las más sabias combinaciones, las más complicadas, sin que ninguna haya podido durar; ¿y la última? – La que nos predicán tan a menudo -, tan rápidamente quebrantada, ha buscado en los parlamentarios un apoyo a su debilidad. El Segundo Imperio ¿no se volvió una monarquía constitucional a la víspera de los terribles acontecimientos, que se llevaron, con el trono de Napoleón III, las instituciones de las que se acababa de dotar al país?

En el exterior ¿qué vemos? Es al régimen parlamentario más puro y más completo al que Inglaterra debe el alto grado de potencia alcanzado: las viejas monarquías europeas que la Revolución parecía haber debilitado, han encontrado en él una nueva fuerza; el ha presidido bajo el reinado reparador de Alfonso XII el levantamiento de España; conviene a los estados pequeños, a Bélgica, a Holanda, como a los grandes; para terminar, a los que le acusan de ser el enemigo de las grandes cosas, el paralizador de las reformas, citaré el ejemplo del más ilustre hombre de Estado, Cavour, que ha ejecutado, pese a mil dificultades, una obra gigantesca, sin eludir sus responsabilidades parlamentarias.

Así ha demostrado por otra parte que la forma de las Instituciones no era todo para un pueblo y que las reformas constitucionales no eran un remedio general, una panacea universal. Todo está en la manera de utilizarlo; Cavour, acabo de decirlo, ¿no ha hecho parlamentariamente la unidad italiana?; y la especie de parlamentarismos que domina Berlín ¿ha impedido a Bismarck emplear el hierro y el fuego para realizar sus propósitos? Muchas de nuestras Constituciones habrían podido sobrevivir pero murieron por nuestra culpa; pero una vez más, las más viables de las que hemos probado, son precisamente aquellas cuya responsabilidad ministerial desempeñaba un papel principal, a las cuales daba esta preciada elasticidad, que es su característica; ingeniosa combinación que le sustrae el gobierno a la asamblea, igual que a uno solo y le mantiene así también alejado del despotismo y de la anarquía.

¡Una última palabra! Y que me sea permitido dirigirla, a mis colegas de la Unión monárquica. Esta vez por un acuerdo feliz, el interés de su partido y el interés de Francia son absolutamente idénticos, de modo que no tendrán que hacer sacrificios. Pero algunos de ellos están sujetos a su lazo dinástico y profesan doctrinas totalmente contrarias a las que yo acabo de recordarles aquí; les suplico a estos, que se den cuenta por fin que están en contradicción con ellos mismos y con

sus principios, que trabajen para el éxito de una causa rival, que sus alianzas están opuestas a sus intereses, que serán engañados los primeros; por fin, termino, repitiendo una famosa palabra, que fue un programa, y que les suplico que no olviden: la monarquía será parlamentaria o no será.

**“Conferencia Molé – Continuación de la discusión de la ley del Sr. Oudart sobre la supresión del régimen parlamentario” circa 20 de marzo de 1887.**

Señores:

Vuelvo a tomar la palabra en el transcurso de esta discusión importante porque desde hace tres semanas que subí a esta tribuna para defender la Constitución de 1875, las diversas peripecias del debate han mostrado que si estábamos de acuerdo para derruir no lo estábamos tanto para reconstruir. Esto cambia la cara de las cosas; la última vez, era un amigo, un admirador de nuestra constitución que venía a decirles; no la abatan porque no tendrán otra mejor. Hoy, es un Francés alarmado que viene a decirles; no la toquen porque no tienen nada para poner en su lugar. Aunque se fuese hostil a esta Constitución, es un deber imperioso impedir el espantoso estropicio que puede sucederle. Desde hace un mes, hasta seis semanas que dura la discusión ¿qué hemos visto? ¿Qué hemos oído? Las propuestas las más adversas, las combinaciones las más estrafalarias, declaraciones de principios, de teorías y, en el campo de lo práctico, un lujo increíble de proyectos, cada orador aportando el suyo. Estados Unidos y Suiza han sido propuestos como modelo tanto juntos como separados; el plebiscito, el referéndum, los ministros funcionarios, todos esos viejos clichés que habíamos probado, han reaparecido. Sí, Señores, hemos probado: pueden rebuscar en el tesoro de las once Constituciones que han regulado una por una la forma definitiva de nuestro gobierno; no hay tres de las disposiciones que acaban de proponerles que no puedan reencontrar en ellas. Ustedes me dirán que la prueba fue efectuada en circunstancias detestables que lo impidieron ser convincente. ¡Eh! ¿Quién les autoriza a creer que las circunstancias les serán esta vez más favorables? Estas murallas débiles que la menor revuelta ha sido suficiente para derribarlas, van a enderezarlas para ver si la vejez les ha dado fuerza y si su cemento seco las ha consolidado.

Para mi, frente a estas numerosas Constituciones tan complicadas y tan impotentes a la vez, que han correspondido a épocas sea de desorden y anarquía, sea de compresión y despotismo, me gusta parar mi mirada en la “Carta” de 1815 y en las Instituciones de 1875, las únicas en nuestra larga historia parlamentaria que han sabido darnos el reposo y la tranquilidad en la libertad. Hace dieciséis años, Señores, que los adoquines de la capital se han amontonado en la última barricada; jamás habíamos gozado, bajo un régimen libre, de un lapso igual de paz interior. No hace falta que los males de los que sufrimos nos cieguen hasta el punto de perder el sentido de la justicia.

Pero, Señores, no es para decirles estas cosas que he pedido la palabra; he hecho el elogio de la obra constitucional de 1875, y otros lo han hecho antes y mucho mejor que yo, No quiero volver a ello.

Lo que quiero es denunciar enérgicamente, creo que el momento ha llegado, la causa de esta inestabilidad ministerial tan perjudicial a nuestros intereses europeos y a la dignidad de nuestra actitud, la causa de este antagonismo social que, lejos de calmarse como se podía haber esperado, hace progresos horribles cada día, la causa de esta guerra religiosa que la locura del odio ha encendido y que nos devora ya como el peor de los cánceres, la causa, en fin, de esta intolerancia jacobina que amenaza engullir al preciado tesoro de nuestras libertades.

Si, esta causa la denuncio aquí con toda la fuerza de mi alma; esta causa, es el sistema de las alianzas políticas.

En Francia, Señores, estamos divididos en liberales y autoritarios; hay liberales y autoritarios en la derecha como en la izquierda; ese es el hecho. Entonces estos liberales y estos autoritarios olvidándose que no hay nada en común entre ellos, olvidándose que sus principios son opuestos, que todo les separa y nada les reúne...se han aliado para el triunfo de una noción, de una palabra y han dicho esta inconmensurable tontería: la República y la Monarquía no pueden caminar juntas; ¡ mejor un intransigente que un ministerial!

¿Para quién la primera falta? ¿Quién ha empezado? Entonces, Señores, aunque me cueste, lo diré francamente, los primeros culpables, nosotros. Es verdad que nuestros adversarios lo fueron luego más que nosotros. Pero, al principio, al origen, son los monárquicos responsables, ya que han provocado la formación de estúpidas alianzas bajo el imperio en el cual vivimos. En vez de tirar la República hacia ellos por el bien de Francia, han buscado empujarla hacia el abismo por el bien de su partido; porque quién puede negar que estas perpetuas revoluciones no sean un daño para el país. Han dicho: “Vamos a defender los grandes intereses conservadores: la familia, la propiedad, el trabajo” y se han aliado a los partidarios de la autoridad. Pero no han visto que precisamente es en ese terreno que las divergencias son las más acentuadas.

La monarquía, Señores, no se apoya únicamente en el soberano; está apoyada sobre principios fijos; y bien, estos principios son de dos tipos, o tienen un régimen de legitimidad, de herencia y de constitucionalidad: es la monarquía; no puede ser de otra manera hoy en día en Francia; o tienen un imperio absoluto con un emperador responsable y plebiscitado. Mezclar las dos nociones es hacer un sueño irrealizable: que los antiguos partidarios de un Enrique V autoritario vengan a decirnos si hubiesen consentido consagrar a su rey por plebiscito popular. Pero no son únicamente los dos sistemas de gobierno que son hostiles; en lo que se refiere a la propiedad, la familia, el trabajo, unos tienen doctrinas opuestas a las de los otros. Quién no sabe que el Imperio representa la centralización al ultranza, y hasta el socialismo de Estado. ¿Qué pueden tener en común la autoridad y el régimen libre? ¡Vamos, es absurdo! Los imperialistas son nuestros enemigos.

Al contrario, había en la frontera de la izquierda verdaderos liberales, que sostenían los mismos principios sobre los cuales los monárquicos debían apoyarse; ¿qué nos separaba de estos? Una palabra, una forma. Eran republicanos. Nos hemos apartado de ellos cuidadosamente, y para simular una alianza, hemos hecho renacer de sus cenizas un partido muerto, que gracias a nuestra tontería, ha tomado fuerza. ¿Pero no ven ustedes que el único hecho de una alianza entre imperialistas y monárquicos nos condena a quedarnos siempre en República? ¿Es que no entienden que el día en que hubiese posibilidad de poner rumbo a la orilla monárquica, nuestros aliados nos dejarían y se volverían contra nosotros?

Había que poner las cosas por encima de las palabras, Señores; había que hacer causa común con los Constitucionales y no con los partidarios de los golpes de Estado, es decir de los que llegan con una revolución y se marchan con otra, quince años después; esto es lo que mandaba el interés del partido y el interés de Francia, menos mal, por fortuna; esto es lo que no se ha hecho.

¿El daño es reparable?

Lo es. Pero con la condición que no se pierda un instante y que nos armemos de otro coraje; porque ya no se trata de aliarse con los liberales; los liberales están fuera del campo de batalla y no tienen ninguna acción sobre el país. Hay radicales y oportunistas, o sea hombres ya muy avanzados pero que se paran sin embargo con cualquier vacilación ante la frontera radical; con estos últimos son con los que hay que andar y el programa común debe ser el siguiente: ¡Guerra al radicalismo! ¡Guerra a muerte! ¡Guerra por todos los medios posibles!

**« Discours contre la proposition de loi de M. Oudart sur la suppression de la Responsabilité ministérielle et du Régime Parlementaire ».**

Messieurs,

S'il est une circonstance qui puisse augmenter la crainte où je suis en paraissant pour la première fois à cette tribune de n'y apporter une éloquence digne de vous, c'est assurément le fait d'avoir à répondre en quelque sorte aux arguments que Mr. le sénateur Naquet vous a fait l'honneur d'y exposer récemment. Pour une telle entreprise, il faudrait un autre talent que le mien ; aussi est-ce en escomptant votre bienveillance que je me décide à poursuivre un but si audacieux.

L'auteur du projet de loi que nous discutons, aussi bien que celui qui, de son propre aveu, s'est fait le chef d'une campagne contre le parlementarisme, ont été inspirés par un mal dont personne ne saurait nier l'existence et dont je serai des premiers à reconnaître les effets. L'instabilité ministérielle nous ronge, nous affaiblit, paralyse les réformes, ralentit la marche des affaires : surtout elle a une désastreuse influence sur nos relations extérieures. Mr. Crespin, il y a huit jours, attirait l'attention de la conférence sur la politique étrangère et je crois qu'il faisait un peu contre fortune bon cœur en se félicitant de l'isolement qui au moins « ne nous compromettrait pas ». Au reste c'est un peu la thèse de son parti et elle est dirigée contre les avantages des liens de famille entre dynasties régnantes,

avantages que de récents événements nous ont permis de rappeler. Que ce soit la forme Républicaine qui produise cet isolement (beaucoup l'on dit et cru), moi je ne le crois pas : je pense que c'est simplement l'instabilité ministérielle. Dans les cercles diplomatiques on commente déjà le tort immense qu'a fait à la France la dernière crise en interrompant des négociations qui eussent pu aboutir.

Voilà donc un mal sur lequel nous sommes d'accord ; quant au défaut de liberté des membres du parlement, je veux dire l'impossibilité où ils se trouvent de faire triompher leurs idées personnelles par les motifs que Ma. Naquet vous a énumérés, il me semble que c'est un bien.

En Angleterre, pays auquel on envie souvent sa forte organisation gouvernementale, l'initiative parlementaire est presque nulle ; et surtout, il n'est pas permis à un député de faire une proposition tendant à créer de nouvelles charges pour l'État. Le ministre des finances ne peut plus être responsable d'un budget ainsi surchargé et remanié ; il est là d'ailleurs pour faire les comptes et il est censé qu'il connaît mieux que personne les besoins financiers de l'État. C'est là la théorie anglaise ; je ne dis point qu'elle soit parfaite ni surtout qu'on puisse l'appliquer en France ; mais ainsi la Chambre ne sort pas de son rôle principal qui est de contrôler le gouvernement qu'elle a institué. Ici au contraire, que voyons-nous ? Dans le Parlement une tendance bien marquée à pénétrer de plus en plus dans le gouvernement, des sessions dont la durée dépasse toutes limites, le désir d'installer des comités permanents et enfin celui de faire des ministres de simples fonctionnaires aux ordres de l'assemblée.

Je suis porté à croire que l'instabilité ministérielle ne provient pas du régime parlementaire mais bien de l'absence de solidarité et d'homogénéité des cabinets et de la multiplicité des questions qui nous divisent. Mais en admettant qu'elle en provienne en tout ou en partie, ne convient-il pas, messieurs, de se demander si c'est l'outil qui est mauvais ou les ouvriers qui ne valent pas grand-chose. À qui la faute ? La machine ne peut-elle fonctionner ou bien les mécaniciens en ignorent-ils le maniement ? Mauvais ouvrier n'a jamais de bon outil, dit le proverbe ; les Français seraient de bien mauvais ouvriers à en juger par le nombre d'outils qu'ils ont successivement brisés !...

En un mot, messieurs, et c'est là ce que je vous demande la permission d'étudier rapidement, que vaut l'outil ? Que vaut la Constitution de 1875 ?

Les circonstances qui ont présidé à sa rédaction sont assez présentes à tous les esprits pour qu'il soit inutile de s'y arrêter longtemps ; en le faisant je croirais d'ailleurs sortir du sujet et élargir par trop ce débat. La question qui se posait alors devant les masses était celle-ci : République ou Monarchie. Mais devant ceux qui allaient prendre une part directe à l'établissement d'un nouveau gouvernement, c'était bien plus une question de principe que de forme. Quelque peu lassé des mots, des phrases et des apparences, on en venait aux faits ; pour la première fois on ne songeait pas à élever le toit de la maison avant d'en avoir achevé les murailles ; c'était, je le répète, bien plus le système que la forme du gouvernement qui se trouvait en jeu. Et ainsi s'explique ce fait étrange d'une République issue

d'une assemblée monarchique ; parmi les monarchistes les uns rêvaient de refaire au profit du chef de la maison de Bourbon la Constitution de 1852, les autres de tenter un nouvel essai parlementaire ; les libéraux de droite et de gauche s'entendirent et le parlementarisme gagna la partie.

Envisagée dans son ensemble, la Constitution de 1875 a sur ses nombreuses devancières de singuliers avantages ; elle n'est pas l'œuvre d'un lendemain de crise ; elle n'est pas née au milieu de la fiévreuse agitation, de la frénésie qui marquent les premiers jours d'un gouvernement issu de la révolution ; elle n'est pas l'œuvre non plus d'un parti porté subitement au pouvoir, y apportant mille théories réformatrices, mille illusions et idées préconçues, et rêvant de les appliquer sans tarder comme si le pays attendait de ce cataplasme une guérison éternelle. Enfin, elle présente ce caractère nouveau dans l'étude des Constitutions Françaises qu'elle consiste pas dans un tout compact, complet, unique, élaboré et accepté d'un seul coup ; elle est en quelque sorte dispersée dans trois lois constitutionnelles qui la composent. C'est à son caractère provisoire qu'elle doit sa modération ; par cela-même qu'il était permis de faire ses réserves sur le couronnement qu'on lui donnerait, chacun se trouvait libre d'apporter son concours désintéressé. C'était à qui exposerait les vues les plus pratiques, les plus censées, les mieux raisonnées.

Peut-être fallait-il un tel concours de circonstances pour amener des députés Français à renoncer à ces belles déclarations de principes, à ces considérations vaguement philanthropiques de 1789 ou bien à ces naïvetés de 1848 qui nous font sourire aujourd'hui ; peut-être fallait-il le provisoire pour obtenir d'eux quelque chose qui put durer ? L'instrument qu'ils fabriquèrent sans être parfait ne présentait aucun défaut capital ; et surtout, d'un bout à l'autre il était logique. C'était une complète victoire parlementaire ; on avait su se garder de tous les clichés, de toutes les théories que les doctrinaires de la démocratie jetèrent si souvent au travers de notre marche constitutionnelle.

« Pas de Sénat » s'étaient jadis écrit les Républicains dont l'unité de pouvoir législatif semblait être le mot d'ordre ; on le leur fit accepter à titre provisoire et longtemps ils en parlèrent comme d'une institution temporaire destinée à disparaître dans un avenir prochain ; l'usage les a familiarisés avec ce sénat qu'ils redoutaient comme je ne sais quel fantôme aristocratique.

L'institution sénatoriale à laquelle Mr. de Broglie avait réservé le contrôle de la politique étrangère et la discussion des traités reçut une base originale et nouvelle que Gambetta déclara être la plus démocratique qui ait existé dans ce pays. On en fit le Grand Conseil des Communes de France et dans cette importance rendue à la commune qui est l'unité sociale par excellence, les vrais libéraux saluèrent avec joie l'œuvre d'un régime de franche décentralisation et de liberté municipale. Une misérable révision a déjà, il est vrai, porté atteinte au Sénat de 1875 ; il n'en reste pas moins précieux et indispensable ; (ils se renouvellent par tiers tous les trois ans alors que la chambre se renouvelle intégralement tous les quatre ans ;) et s'il n'a pas toujours montré, je le reconnais, une grande

indépendance d'allure, une bien réelle personnalité, sa seule présence tempère heureusement la souveraineté de l'assemblée ; c'est encore quelque chose que le fait pour le Palais Bourbon d'avoir à faire régulariser au Luxembourg ses décisions. Dans le cours ordinaire des choses les sénateurs ont pu garder une attitude par trop incolore ; mais un jour viendra sans doute où les modérés, les amis de l'ordre et de la liberté, trouveront en eux les défenseurs de la Constitution.

Vous m'accuserez, messieurs, de traiter une question qui est hors de cause ; il est vrai, mais la suppression du Sénat pour n'être pas à l'ordre du jour encore n'en est pas moins inscrite sur les bannières radicales et ce que je défends en ce moment c'est la constitution de 1875 tout entière.

On confia le pouvoir exécutif au Président élu pour sept ans par les deux chambres et rééligible ; on venait, messieurs, de faire l'essai de ce chef de l'État qui conserve son mandat de député, pose à chaque instant la question de confiance et parle sans cesse avec les chambres ; si l'on ajoute à cela que Mr. Thiers était l'élu de la nation puisque le choix de vingt-huit départements l'avait clairement désigné comme seul capable d'assumer le pouvoir on se rendra compte que sa présidence a été tout le contraire de celle de Mr. Grévy ou du Maréchal de Mac Mahon ; on en a fait l'essai et l'on en a bien vite été lassé ; les circonstances expliquent seules la véritable dictature morale qu'il exerça sur l'assemblée et que serait tenté de renouveler tout Président élu dans les mêmes conditions ; or, cette dictature est incompatible avec ce que l'on entend par un gouvernement libre ; sous un tel régime la liberté n'est qu'un mot sur le papier.

Mais les Constituants de 1875 ne se sont pas bornés à organiser le pouvoir exécutif ce qui n'est que l'une des faces du problème ; ils ont, je le crois, obéi à une préoccupation d'un ordre plus élevé ; ils ont compris que la France n'était pas dans les mêmes conditions que d'autres Républiques que l'on nous cite à tout instant, qu'elle ne jouissait pas de l'indépendance que procure aux États-Unis leur isolement, ni des facilités que la Suisse tire de son territoire restreint et de sa neutralité ; ils ont jugé qu'une grande nation comme la nôtre placée au premier rang des puissances européennes, qui n'a pas que des intérêts économiques et commerciaux, mais sera toujours mêlée aux combinaisons militaires et diplomatiques des cours de l'Europe, devait avoir un représentant, un centre, un premier citoyen auquel il importait d'assurer, en le plaçant en quelque sorte au-dessus de la politique, un peu de stabilité et de prestige. Voilà pourquoi on a fait le septennat, l'irresponsabilité et la rééligibilité du Président.

J'en viens maintenant, Messieurs, à ce qui fait le fond de la motion de Mr. Oudart, à ce qu'il a attaqué directement et en premier lieu par un projet de loi qui n'est qu'un premier pas dans une voie dangereuse, une première concession aux idées radicales qu'elles viennent de gauche ou de droite, car il y a aussi des radicaux de droite ; j'en viens à la responsabilité ministérielle.

Le Conseil des ministres, possédant la confiance de l'assemblée, est, sous le régime actuel, le centre, le noeud de la politique ; ce n'est pas seulement une réunion d'administrateurs préposés chacun à un département particulier et chargés



de faire aller la machine ; c'est quelque chose de plus, c'est un corps délibérant en qui doit résider, sous le contrôle du parlement, le soin d'instituer une politique et de la suivre. Ses membres ne sont pas, ne doivent pas être en tutèle (sic) ; il leur faut la liberté d'agir, d'engager le pays, de prendre les moyens qui leur semblent les plus propres à assumer sa dignité et ses intérêts au dehors, sa tranquillité au dedans ; leur responsabilité solidaire est à la fois une sanction est une garantie.

Par quoi remplacer cette institution ? Qui prendra la place du conseil ; à qui transporter l'office qu'il remplit ; est-ce à l'assemblée ? Et quelle peut être la ligne politique dans une assemblée de 700 membres ; est-ce que 700 hommes peuvent gouverner un pays ? Ils peuvent faire des lois -ce qui n'est pas gouverner- et contrôler le gouvernement : voilà tout.

Ce que l'assemblée ne peut faire, le Président élu par le peuple et puissamment pourvu de moyens d'action le peut ; mais c'est la politique d'un seul, c'est l'absolutisme, c'est la dictature. En voulez-vous ? Moi, je n'en veux pas !

Il est nécessaire, Messieurs, de bien insister sur ce point qui est d'une importance capitale. La loi qui vous est proposée méconnaît absolument le caractère des ministres responsables ; elle ne voit en eux que des fonctionnaires et passe sous silence ce qu'il y a de capital dans le rouage constitutionnel.

Ainsi donc, je résume ce que je viens de vous exposer, un président irresponsable et rééligible, représentant et chef suprême du pays ; des ministres gouvernant sous le contrôle et avec l'appui du Parlement ; deux chambres issues toutes les deux des suffrages mais dans des conditions différentes aussi bien pour l'électorat que pour le renouvellement et la durée du mandat : telle est la Constitution de 1875.

Voilà l'outil ; passons aux ouvriers. La première chose qui frappe dans les rangs parlementaires c'est la division ; division des principes, division dans les systèmes, division partout ; ce qui frappe encore c'est la multiplicité des problèmes ; problème religieux, problème social, problème politique ; d'où autant de points de vue différents. Enfin, c'est l'existence du mandat impératif qu'on a pu condamner en principe mais contre lequel il n'existe pas de sanctions ; à cela il est vrai de reconnaître que l'établissement du scrutin de liste a porté remède dans une certaine mesure.

Ces maux, Messieurs, qu'elle en est la cause ; est-ce la responsabilité des ministres qui opère toutes ces divisions ; et ces problèmes est-ce le régime parlementaire qui les fait naître ? Quand vous aurez des ministres fonctionnaires, un Président de la République désigné parmi eux ou bien que vous aurez confié le pouvoir exécutif à un directoire composé de trois de cinq membres cela empêchera-t-il les royalistes d'être des royalistes et les Républicains, des républicains ; cela fera-t-il que les uns ne seront pas pour la liberté, les autres pour l'autorité ; que d'une part on ne poursuivra pas la décentralisation tandis qu'on cherchera de l'autre à centraliser encore davantage.

Et ces divisions ne continueront-elles pas de s'opposer à la formation d'un

grand parti politique et de paralyser sa marche ? Encore une fois en retirant aux ministres la responsabilité solidaire on rend bien la stabilité au département dont ils sont les chefs, mais on leur enlève la direction de la politique pour la transporter soit à un dictateur, soit à l'assemblée ; et, dans ce dernier cas, je vous demande si au sein de l'assemblée, dès lors omnipotente, ces divisions que vous constatez ne seront pas cent fois plus dangereuses ? N'auront pas des conséquences cent fois plus graves ?

Une nouvelle Constitution, Messieurs, ne peut donner l'esprit politique à ceux qui ne l'ont pas ; et voilà le grand mal qui s'est manifesté principalement dans les rangs de l'opposition. Que de ministères ont été renversés par une coalition de droite et de gauche où toujours la droite était dupée : renverser un ministère quand on est certain, non seulement de ne pouvoir en profiter soi, mais aussi de n'en pouvoir faire profiter un plus avancé, n'est-ce pas une absurdité ? Ah ! Je le sais : c'est la doctrine de la pilule à avaler : plus vite on descendra, plus vite on remontera. Descendre pour remonter ! Avec quelle aisance sont prononcés ces deux mots dont l'intervalle renferme un si profond abîme ; et pourquoi la crise ! pour qu'ensuite une réaction d'autant plus violente que l'abîme aura été plus profond dépasse à son tour les limites du juste et du raisonnable et prépare pour le lendemain de nouveaux désordres, de nouvelles catastrophes !

Qu'on ait à gauche un peu plus de patriotisme ; qu'on mette le bien de la patrie au-dessus de celui du parti ; et qu'à droite on s'inquiète moins de savoir où sont les intérêts de la République pour les combattre que ceux de la France pour les servir ; alors les ministres retrouveront la stabilité, soyez en sûrs, et la majorité gouvernementale cessera d'être aussi changeante.

Dans l'histoire contemporaine de notre pays, Messieurs, le parlementarisme occupe une noble place et joue un grand rôle ; son règne a duré 45 ans et il a revêtu trois formes constitutionnelles qui présentent entre elles un remarquable caractère d'unité ; celles de 1815, de 1830 et de 1875 ; tandis que pendant cinquante-trois ans sept Constitutions ont soumis la France à toutes les combinaisons les plus savantes, les plus compliquées sans qu'aucune ait pu durer ; et la dernière - celle que l'on nous prône si souvent - , bien vite ébranlée, a cherché dans le parlementarisme un soutien à sa faiblesse ; le Second Empire n'était-il pas devenu une monarchie constitutionnelle à la veille des événements terribles qui emportaient avec le trône de Napoléon III les institutions dont il venait de doter le pays ?

À l'étranger, que voyons-nous ? C'est au régime parlementaire le plus pur et le plus complet que l'Angleterre a dû le haut degré de puissance auquel on l'a vu parvenir ; les vieilles monarchies européennes que la Révolution avait paru ébranler ont trouvé en lui une force nouvelle ; il a présidé sous le règne réparateur d'Alphonse XII au relèvement de l'Espagne ; il convient aux petits états, à la Belgique, à la Hollande, comme aux grands ; enfin à ceux qui l'accusent d'être l'ennemi des grandes choses, le paralyseur des réformes, je citerai l'exemple du plus illustre des hommes d'État, Cavour, qui a accompli, malgré mille difficultés, une oeuvre gigantesque, sans échapper aux responsabilités parlementaires.

Il a ainsi prouvé d'ailleurs que la forme des Institutions n'était pas tout chez un peuple et que les réformes constitutionnelles n'étaient pas un remède général, une panacée universelle. Tout est dans la manière de s'en servir ; Cavour, je viens de le dire, n'a-t-il pas fait parlementairement l'unité italienne ; et l'espèce de parlementarisme qui domine Berlin a-t-il empêché Bismarck d'employer le fer et le feu à la réalisation de ses desseins : bien des Constitutions chez nous auraient pu vivre qui ne sont mortes que par notre faute ; mais encore une fois, les plus viables parmi celles dont nous avons tour à tour essayé, sont celles précisément dans lesquelles la responsabilité ministérielle jouait un rôle principal, auxquelles elle donnait cette précieuse élasticité qui est sa caractéristique ; ingénieuse combinaison qui soustrait le gouvernement à l'assemblée aussi bien qu'à un seul et le maintient ainsi également éloigné du despotisme et de l'anarchie.

Un dernier mot ! Et qu'il me soit permis de l'adresser, celui-là, à mes collègues de l'Union monarchique. Cette fois, par un heureux accord, l'intérêt de leur parti et l'intérêt de la France sont absolument semblables, de sorte qu'ils n'auront pas de sacrifices à faire. Mais plusieurs parmi eux ne sont retenus que par le lien dynastique et professent des doctrines toutes contraires à celles que je viens de rappeler ici ; je conjure ceux-là de se rendre compte enfin qu'ils sont en contradiction avec eux-mêmes et avec leurs principes, qu'ils travaillent pour le succès d'une cause rivale, que leurs alliances sont opposées à leur intérêt, qu'ils en seront dupes que les premiers ; enfin, je termine en reprenant un mot célèbre, qui fut un programme, et que je les supplie de ne pas oublier : la monarchie sera parlementaire ou elle ne sera pas.

**« Conférence Molé - Suite de la discussion de la loi de M. Oudart sur la suppression du régime parlementaire », circa 20 mars 1887.**

Messieurs,

Je prends une seconde fois la parole au cours de cette importante discussion parce que depuis trois semaines que je suis monté à cette tribune pour y défendre la Constitution de 1875, les diverses péripéties du débat ont montré que si l'on était d'accord pour abattre il n'en était pas de même pour reconstruire. Cela change la face des choses ; la dernière fois, c'était un ami, un admirateur de notre constitution qui venait vous dire : ne l'abattez pas parce que vous n'en aurez pas de meilleure. Aujourd'hui c'est un Français alarmé qui vient vous dire : n'y touchez pas parce que vous n'avez rien à mettre la place. Quand bien même on serait hostile à cette Constitution, c'est un devoir impérieux d'empêcher l'épouvantable gâchis qui ne peut manquer de lui succéder. Depuis un mois, six semaines même que dure la discussion, qu'avons-nous vu, qu'avons-nous entendu ? Les propositions les plus adverses, les combinaisons les plus abracadabrantes, des déclarations de principes, des théories, et, dans le domaine du pratique, un luxe incroyable de projets, chaque orateur apportant le sien ; les États-Unis et la Suisse ont séparément et ensemble étaient proposés comme modèle ; le plébiscite, le référendum, les ministres fonctionnaires, tous ces vieux clichés dont nous avons fait l'essai ont reparu. Oui,

Messieurs, nous en avons fait l'essai : vous pouvez rechercher dans le trésor des onze Constitutions qui ont tour à tour réglé la forme définitive de notre gouvernement ; il n'y a pas trois des dispositions qui viennent de vous être proposées que vous ne puissiez y retrouver. Vous me direz que l'essai en a été fait dans de détestables circonstances qui l'ont empêché d'être probant ! Eh ! Qui vous autorise à croire que les circonstances vous seront cette fois plus favorables ? Ces faibles remparts que la moindre émeute a suffi à renverser vous allez les dresser de nouveau pour voir si la vieillesse leur a donné de la force et si leur ciment en se desséchant les a consolidés !

Pour moi, en face de ces nombreuses Constitutions si compliquées et si impuissantes à la fois, qui ont correspondu à des époques soit de désordre et d'anarchie, soit de compression et de despotisme, j'aime à arrêter mes regards sur la Charte de 1815 et sur les Institutions de 1875, les seules dans notre longue histoire parlementaire qui aient su nous donner le repos et la tranquillité dans la liberté. Il y a seize ans, Messieurs, que les pavés de la capitale se sont amoncelés sur la dernière barricade ; jamais nous n'avions joui sous un régime libre d'un pareil laps de paix intérieure.

Il ne faut pas que les maux dont nous souffrons nous aveuglent au point de nous faire perdre le sens de la justice.

Mais, Messieurs, ce n'est pas pour vous dire ces choses que j'ai demandé la parole : j'ai fait déjà, et d'autres l'ont fait à leur tour beaucoup mieux que moi, l'éloge de l'œuvre constitutionnelle de 1875. Je n'y veux pas revenir.

Ce que je veux, c'est dénoncer énergiquement, je crois que le moment en est venu, la cause de cette instabilité ministérielle si préjudiciable à nos intérêts européens et à la dignité de notre attitude, la cause de cet antagonisme social qui, loin de se calmer comme on avait pu l'espérer, fait chaque jour de plus effrayants progrès, la cause de cette guerre religieuse que la folie de la haine a allumée et qui nous dévore déjà comme le pire des cancers, la cause enfin de cette intolérance jacobine qui menace d'engloutir le trésor précieux de nos libertés.

Oui, cette cause je la dénonce ici de toute la force de mon âme ; cette cause, c'est le système des alliances politiques.

En France, Messieurs, on est divisé en libéraux et autoritaires ; il y a des libéraux et des autoritaires à droite et à gauche ; voilà le fait. Or, ces libéraux et ces autoritaires oubliant qu'entre eux il n'y a rien de commun, oubliant que leurs principes sont opposés, que tout les sépare et rien ne les réunit... se sont alliés ensemble pour le triomphe d'une notion, d'un mot, et ils ont dit cette incommensurable sottise : la République et la Monarchie ne peuvent frayer ensemble ; plutôt un intransigeant qu'un ministériel !

À qui la faute première ? Qui a commencé ? Eh bien ! Messieurs, quoiqu'il m'en coûte, je le dirai franchement, les premiers coupables, c'est nous ! Il est vrai que nos adversaires le sont ensuite devenus plus que nous ! Mais enfin, au début, à l'origine, ce sont les royalistes à qui remonte la responsabilité parce qu'ils ont

provoqué la formation des stupides alliances sous l'empire desquelles nous vivons. Au lieu de tirer la République à eux pour le bien de la France, ils ont cherché à la pousser dans l'abîme pour le bien de leur parti ; car, qui peut nier que ces révolutions perpétuelles ne soient un grand dommage pour le pays. Ils ont dit : « Nous allons défendre les grands intérêts conservateurs : la famille ! la propriété ! le travail ! » et ils se sont alliés sur ces bases aux partisans de l'autorité. Mais n'ont-ils pas vu que précisément c'est sur ce terrain que les divergences sont les plus fortes.

La monarchie, Messieurs, ne repose pas seulement sur la personne du souverain ; elle est appuyée sur des principes fixes ; eh bien ! ces principes sont de deux sortes ; ou bien vous avez un régime de légitimité, d'hérédité et de constitutionnalité : c'est la royauté ; elle ne peut être autrement de nos jours en France ; ou bien vous avez un empire absolu avec un empereur responsable et plébiscité ; mêler les deux notions c'est faire un rêve irréalisable ; que les anciens partisans d'un Henri V autoritaire viennent nous dire s'ils eussent consenti à faire sacrer leur roi par le plébiscite populaire. Mais ce n'est pas seulement les deux systèmes de gouvernement qui sont hostiles ; en ce qui concerne la propriété, la famille, le travail, les uns ont des doctrines tout opposées à celle des autres. Qui ne sait que l'Empire représente la centralisation à outrance, et même le socialisme d'État. Quel rapport peut-il y avoir entre l'autorité et le régime libre ? Voyons ! C'est absurde ! Les impérialistes sont nos ennemis !

Au contraire, il y avait aux frontières de la gauche de vrais libéraux qui soutenaient les mêmes principes sur lesquels les royalistes devaient s'appuyer : qu'est-ce qui nous séparait de ceux-là ? Un mot, une forme ! Ils étaient républicains. Nous avons pris soin alors de nous écarter d'eux et, pour simuler une alliance, nous avons fait renaître de ses cendres un parti mort qui, grâce à notre sottise, a repris de la force ! Mais est-ce que vous ne voyez pas que le seul fait d'une alliance entre impérialistes et royalistes nous condamne à rester toujours en République ? Est-ce que vous ne comprenez pas que le jour où il y aurait quelque chance de mettre le cap sur la rive royaliste, nos alliés nous lâcheraient et tourneraient contre nous !...

Il fallait, Messieurs, placer les choses au-dessus des mots ; il fallait faire cause commune avec les Constitutionnels et non avec les partisans des coups d'État, c'est-à-dire de ceux qui arrivent avec une révolution et partent avec une autre quinze ans après ; voilà ce que commandaient l'intérêt du parti et l'intérêt de la France, d'accord par bonheur ; voilà ce qu'on n'a pas fait.

Le mal est-il réparable ?

Il l'est ! Mais à condition qu'on ne perde par un instant et puis qu'on s'arme d'un autre courage ; car ce n'est plus avec les libéraux qu'il s'agit de s'allier ; les libéraux sont hors du champ et ils n'ont plus d'action sur le pays. Il y a des radicaux, et des opportunistes c'est-à-dire des hommes déjà très avancés mais qui s'arrêtent pourtant avec quelque hésitation devant la frontière radicale ; c'est avec ces derniers qu'il faut marcher et le programme commun doit être le suivant : Guerre au radicalisme ! Guerre à mort ! Guerre par tous les moyens possibles.